

PRESENTACIÓN

El texto que hemos elegido para ilustrar este número continúa, como los anteriores, el discurrir del *dossier* sobre la democracia cristiana en el mundo hispánico, que Dios mediante ha de concluir el próximo número. Como es sabido hemos añadido los casos de Francia e Italia, también el de Estados Unidos, aún pendiente de publicar, por su carácter de modelos (*rectius* anti-modelos) en este singular asunto sobre el resto del mundo.

Prosigue también el sesgo, pues si en las entregas precedentes quienes comparecían eran Leopoldo Eulogio Palacios y Gustavo Corção, español y brasileño respectivamente, ambos en algún momento de sus vidas admiradores de Maritain, y luego críticos severos del mismo, en el presente nos las vemos con el padre Osvaldo Lira, de los Sagrados Corazones, cuya trayectoria en lo que a este asunto toca no se distancia demasiado de aquéllos.

Osvaldo Lira (1904-1996) es sin la menor duda el gran maestro del pensamiento tradicional católico e hispánico en el Chile del siglo XX. Teólogo y filósofo de gran agudeza, en la línea de Santo Tomás de Aquino, que no se limita a repetir sino que penetra y trata de comprender en su hábito más hondo. Cultivador también del pensamiento político tradicional hispánico, que difundió en el Nuevo Extremo en una época en que brillaba por su ausencia.

Lo primero lo ha explicado el mayor de sus discípulos, el profesor Juan Antonio Widow: «Creo que no es posible entender la relación de ambos [Lira con Tomás de Aquino] si no vemos que Tomás

ha sido, con su poder intercesor, el guía eficaz de los pasos de Osvaldo en la vía del conocimiento y del amor de la verdad. Ha sido para él algo semejante a lo que fue para Tobías el arcángel Rafael. Osvaldo ya no necesita consultar los escritos de Tomás para ver claro en las cuestiones que se le plantean: tiene un espíritu que ha llegado a ser naturalmente tomista». Y lo segundo lo encontramos confirmado en la pluma del propio padre Lira, quien delicadamente destaca el papel de Jaime Eyzaguirre: «La apreciación de la Hispanidad se nos aparece como una actitud nueva entre los chilenos y entre todo el resto de los hispanoamericanos. No se remonta más allá de los años cuarenta, después que Ramiro de Maeztu escribió su admirable *Defensa de la hispanidad*. Éramos entonces un grupo de chilenos que nos reuníamos en torno a la revista *Estudios*, ya desaparecida, por desgracia. Y decimos que por desgracia porque por medio de ella se realizó una enorme labor aquí, en nuestra patria, abriendo las mentalidades [...] a nuestra verdad histórica, oscurecida entonces bajo una espesa cortina de prejuicios, ignorancias y claudicaciones de aquellos que preferían adular a los poderosos del momento antes que reconocer como nuestros genuinos y honrosísimos antepasados a quienes habían constituido nuestras nacionalidades. La gran misión de Jaime Eyzaguirre fue señalar con claridad impresionante lo que era el fundamento de la nacionalidad chilena. Y los que colaboramos en la revista *Estudios* nos unimos en torno a su personalidad porque en ella veíamos y verificábamos la expresión de unos sentimientos, de una de las convicciones que había permaneció difusa y vagamente en nuestro espíritu, y que, en virtud de la labor de Jaime Eyzaguirre, se condensaron, adquirieron consistencia y precisión en virtud de ese catalizador que fue esa actitud serena, decidida, fundada en sólidos argumentos y poseedora de un profundo y certero sentido histórico frente a nuestra nacionalidad».

Su obra, a veces conceptuosa, es rica y variada. Lo mismo se enfrenta con problemas teóricos delicados como la libertad y la verdad, que pasa por el tamiz de la crítica la filosofía de Ortega y Gasset, se interna en el misterio de la poesía, aborda las grandes cuestiones de la política (democracia, derechos humanos, etc.), estudia la obra de Quevedo o Vázquez de Mella o exalta la entraña mestiza

de la Hispanidad. Pero si como escritor es a veces difícil, como comunicador (quienes tuvimos el privilegio de conversar con él lo sabemos) era insuperable: excesivo y atractivo como pocos. Lo he evocado en el obituario que le dediqué en las páginas de los *Anales de la Fundación Francisco Elías de Tejada*.

El texto que hemos escogido, del número 2 de 31 de marzo de 1947 de la revista madrileña *Alférez*, propone una «reducción» de Maritain. Nada más justo. Y nadie mejor para hacerlo que el padre Lira (o el padre Osvaldo como era más bien conocido), quien nunca le tuvo animosidad. En su brevedad destacan buena parte de las cualidades del sabio sacerdote chileno. Por eso lo ofrecemos a nuestros lectores, al tiempo que aprovechamos para recordar a otro maestro de la tradición hispánica en el siglo XX.

LA REDACCIÓN